EL ESCRITOR MEJICANO ALFONSO REYES Y UNAMUNO (*)

POR

MANUEL GARCIA BLANCO

La inteligencia de Reyes es una función de su bondad. UNAMUNO.

No: nadie me quite la amistad de Unamuno. ALFONSO REYES.

No tuve la fortuna de conocer personalmente a Alfonso Reyes en los años que éste vivía en Madrid, donde tantos y tan buenos amigos supo hacerse y conservar, que es lo más difícil. Mi único encuentro con él fué cuando ya residía en París, y creo que tuvo lugar en el verano de 1925 o de 1926, en que me llevó a su casa, más allá del Arco de la Estrella, su compatriota y buen amigo mío Agustín Loera y Chávez, al que conocí en Salamanca en la primavera del primero de dichos años. Una misión informadora para el gran diario *El Universal*, de Méjico, le había traído a Salamanca, en compañía de Garduño y de Pintado, a los que acompañé por estas calles. Loera quería conocer el escenario en que había transcurrido la vida de Unamuno, entonces en el destierro, y aún conservo aquella plana

(*) Alfonso Reyes, si no estoy mal informado, vivió en Madrid de 1914 a 1924. Este decenio de su vida de escritor está vivo en sus libros, y de no pocos de ellos se habla en este trabajo. Pero sigue faltándonos una consideración conjunta no ya de su peripecia personal, sino de lo que significó su presencia en la vida literaria española de aquellos meses. No creo que haya habido una persona más íntimamente ligado a ella ni con mejor conocimiento de su coyuntura. El mismo ha referido sus recuerdos, y al espigarlos sentimos cómo cobran vida muchos escritores y ambientes que han desaparecido. Pero lo que por modestia no ha hecho, y ése es menester que tienen la obligación de hacer sus biógrafos, ha sido ofrecer ordenadas las empresas en las que tomó parte entonces. Su colaboración en el Centro de Estudios Históricos y en la *Revista de Filología Española*, sus ediciones en la Colección de Clásicos Castellanos y en otras editoriales, su labor periódica en *El Sol*, fundado por aquellos años, su contribución al mejor conocimiento de Góngora como preliminar del Centenario de 1927, su intervención en la revista *Indice*, etc. Y, por encima de todo, habría que poner su conocimiento directo de los hombres y de los paisajes de España en su permanente dimensión humana. Sus amigos españoles—y creo que lo fueron cuantos le conocieron y trataron—han hablado y escrito de su simpatía intelectual, y sería muy fácil aducir testimonios de ella. Y ese sentimiento unánime no lo han marchitado el tiempo ni la distancia. Creo que es el mejor contraste de su autenticidad.

del diario mejicano en que se evocaba a Salamanca sin don Miguel. Fué entonces cuando al hablar de éste hablamos también de Alfonso Reyes, y entonces cuando convinimos en que a mi paso por París, camino de Alemania, adonde iba a estudiar Filología Románica, con Meyer-Lübke, me llevaría a su casa.

Han pasado los años y no he olvidado aquella única entrevista en que la voz cantante, como era natural y preciso, la llevaba él, haciendo gala de uno de los dones más inefables que en él han apreciado sus amigos: el de conversador impagable. Durante mis años de estudiante en Madrid había ido comprando de ocasión algunos de los libros que Reyes editó o dirigió cuando allí vivía, según me iban saliendo al camino, y que eran como la huella de su paso por los cenáculos matritenses, de los que aún nos hablaba aquella noche en París.

Mi relación posterior con él, aparte la del envío de trabajos según se iban publicando, se reanudó ahora, hace cuatro años, estando yo en los Estados Unidos, donde fuí recibiendo sus cartas y, con ellas, las fotocopias primorosas de las que de Unamuno conservaba, así como de los dibujos que de él guarda. En esta tarea de la recogida del epistolario unamuniano, ha sido uno de mis más eficaces colaboradores, y me complace hacerlo público. Por esta razón, tengo en mi poder parte de los materiales que me han servido para urdir estas páginas. El resto, lo encontré en el archivo y biblioteca de Unamuno, que se guarda en esta Universidad de Salamanca. Con esos testimonios, de primera mano, las he escrito, y sólo deseo que su calidad ampare y cobije la intención y el afán que he puesto en la empresa.

* * *

La amistad entre Alfonso Reyes y Unamuno se compendia en las fechas que abarca el epistolario que mantuvieron—1917-1923—, pero rebasa estos límites. Antes, con el envío que aquél le hace de su primer libro, buscando el juicio y la atención de quien es ya una figura conocida en España y América. "Cuando desde México—ha escrito—le envié mi primer libro *(Cuestiones estéticas,* 1911), agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó." El propio Unamuno lo corrobora en la primera carta que le escribió, cuatro años más tarde. Y después de 1923, aunque no haya cartas que la puntualicen, siguió viva la amistad de ambos escritores. Primero, en París, cuando Reyes ostentaba la representación diplomática de su país y Unamuno es-

taba desterrado, con una comunicación personal y frecuente que el propio Reyes ha resumido así: "Estuve constantemente a su lado... Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos..., sin prestar atención a los vehículos en las bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de la sierra de Gredos, sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración."

Después, don Miguel, hastiado de la gran ciudad, buscó el retiro fronterizo de Hendaya, y Reyes marchó a América del Sur a representar a Méjico en Buenos Aires y en Río de Janeiro. Esa etapa de la ausencia se nutre de los envíos frecuentes, casi periódicos, que de sus libros le hace, a Hendaya y a Salamanca. Y en el núcleo de los años de comunicación epistolar hay que situar la visita que Alfonso Reyes le hizo en Salamanca, como años atrás se la hiciera Ricardo Rojas, y Ross Mújica, americanos también; la que le prometieron y no realizaron Rubén Darío o Amado Nervo. Y antes y después de ella los numerosos encuentros en Madrid cuando Unamuno caía por allá.

Es ésta una amistad preferentemente literaria y enormemente humana. En estas cartas se habla de colaboraciones, de libros en proyecto y de preocupaciones que atenazan el ánimo. Pese a la diferencia de años, o tal vez por eso mismo, Unamuno se confía a su joven colega mejicano, y es en él en quien primero piensa para invitarle a dar una conferencia en la Universidad que rige de nuevo. Y del lado de éste, hay una atención, pregonada en escritos públicos, hacia dos facetas de la actividad creadora del rector salmantino, generalmente olvidadas: sus dibujos y el teatro; y por ella destacan sus trabajos en la ya vasta selva de la bibliografía unamuniana (1).

1917. Primera comunicación epistolar de Alfonso Reyes con Unamuno.

En la primavera de este año Alfonso Reyes vive en Madrid. Los azares de su tierra, como él dice, le han traído a Europa, y el 22 de

(1) Los trabajos de Alfonso Reyes que se refieren a Unamuno son éstos: "Unamuno, dibujante", publicado en *Revista de revistas*, Méjico, tomo XIV, diciembre, 1923, págs. 40-41; incluído en el libro *Reloj de sol*. Quinta serie de Simpatías y Diferencias, Madrid, 1926, págs. 59-62; y en *Grata compañía*, Méjico, Tezontle, 1948, págs. 181-182; con diez reproducciones. "Sobre la nueva *Fedra*", en el libro *Simpatías y Diferencias*. Segunda serie. Madrid, 1921, págs. 61-69. Pero remonta a la fecha del estreno de dicha tragedia unamuniana en el Ateneo madrileño, en marzo de 1918. "Recuerdos de Unamuno. I.", publicado en Méjico, julio, 1945, e incluído en el libro *Grata compañía*, antes citado. También en el titulado *Reloj de sol* hay una página, "Hermanito menor", en la que le refiere a José María Chacón un relato que el propio Unamuno le hizo, paseando a orillas del Tormes, en Salamanca, en 1920, como más adelante se dice.

mayo escribe a Unamuno enviándole un libro suyo reciente, a la vez que le recuerda otro envío anterior. Su carta dice así:

> Muy distinguido señor: De México le envié a usted, hace algunos años, cierto libro mío—*Cuestiones Estéticas*—, escrito en el fervor de la adolescencia, de que no tuve contestación. Ahora le remito a usted *El Suicida, Libro de Ensayos.* También cierto folleto erudito del que puede usted hacer punto omiso.
>
> Los azares de mi tierra me han arrojado a Europa, y ahora vivo en Madrid. El escepticismo de la corte quiere hacerme creer que don Miguel de Unamuno "ya no lee", pero ni yo lo creo, ni estimo en tan poco la aprobación de usted para no ambicionarla.
>
> ¿Quién sabe? ¿Por qué no habría de interesarle hojear ese libro feamente impreso? A lo mejor vive al otro lado del mar quien más nos merece y nos entiende mejor.
>
> En todo caso, envío lo que tengo: recíbalo usted como prenda de admiración severa y consciente.
>
> Disponga de su atto. s. s. q. e. s. m.,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> General Pardiñas, 32. Madrid.
> (Carta a máquina. Madrid, 22-V-1917.)

Pocos días más tarde le contesta Unamuno en estos términos:

> Acabo de ver en mi registro, en efecto, mi estimado señor, que recibí y catalogué en mi librería, hace unos años, sus *Cuestiones Estéticas*, pero le confieso que no las leí. Erame usted entonces un desconocido del todo y me faltaba, como me falta, tiempo para leer a los conocidos y a los que se me recomienda por persona solvente en gusto y criterio. Pero *El Suicida* lo he leído y con provecho. Lo tomé con interés desde que empecé su lectura, pues cuando se mató el pobre Felipe Trigo—el culto a la Vida, así, con letra mayúscula, lleva a la muerte—pensé escribir sobre ello. Veo que tenemos muchas lecturas comunes y aficiones parecidas. He anotado algunos pasajes de sus ensayos con ánimo de comentarlos alguna vez. ¿Cuándo? No lo sé. Me gusta el género y me gusta como usted lo trata. Acaso haya demasiada literatura. Algo más de misticismo activo estaría mejor.

Efectivamente. Las *Cuestiones Estéticas.* Prólogo de Francisco García Calderón, París, P. Ollendorf, sin año, fueron enviadas por su autor con esta dedicatoria escueta: "A don Miguel de Unamuno, respetuosamente, *Alfonso Reyes*, 1913", y en su biblioteca se conservan. *El Suicida*, editado en Madrid en la "Colección Cervantes", e impreso por M. García y Galo Sáez, en 1917, llegó a manos de su destinatario con esta dedicatoria más entusiasta:

> "A don Miguel de Unamuno, con la admiración y la simpatía de *Alfonso Reyes.*"

La carta prosigue así:

> También he leído su traducción de *Ortodoxia*, de Chesterton. No conocía esta obra y me ha gustado muy poco. Sobra ingeniosidad y sus paradojas son frías, sin pasión. No palpita aquello.

Este juicio se documenta y apoya con los pasajes anotados por Unamuno en el ejemplar que Reyes le envió con esta dedicatoria: "A don Miguel de Unamuno, homenaje de *Alfonso Reyes.*"

> Pág. 134: "Me atrevo a afirmar que lo malo de este tipo de amigos cándidos consiste en no ser cándidos, sino que esconden algún disimulo: disimulan el acre placer que les causa decir siempre cosas desagradables."
>
> Pág. 193: "Nótese... que al reposar junto al cordero, el león mismo se volvió algo cordero. Esto no sería más que una brutal anexión y un desarrollo de imperialismo por parte del cordero."
>
> Pág. 232: "Constantemente oiréis en las discusiones de los periódicos, las Compañías, las aristocracias o los partidos políticos, este argumento de que el rico no puede ser sobornado. ¡Si ya lo ha sido de una vez para siempre!"
>
> Págs. 236-237: "Decir que es un vicio sería una herejía, pero una herejía inteligente. Tomarse muy seriamente a sí mismo, siendo la cosa más fácil del mundo, no es más que abandonarse a una pendiente natural. Es más fácil escribir un buen artículo de fondo para el *Times* que una buena sátira en el *Punch.* Porque la solemnidad fluye naturalmente de los hombres, mientras que la risa es un salto. Es tan fácil ser pesado, como difícil ser ligero. Satán cayó por la fuerza de la gravedad."
>
> Pág. 270: "Conozco a un hombre que se apasiona tanto por demostrar que su vida personal cesará con la muerte, que acaba por demostrar que ni en esta vida goza de existencia personal."

El folleto erudito que Reyes le envía es la tirada aparte de su artículo en la *Revista de Filología Española,* de Madrid, titulado "Un tema de la *Vida es sueño*".

Pero sigamos transcribiendo la contestación de Unamuno, en la que sale al paso de las suposiciones de las gentes de Madrid a que su corresponsal se ha referido.

> No sé en qué pueden haberse fundado para decirle a usted que yo ya no leo. Leo, sí, pero lo que yo busco y no lo que me viene a buscar. Y a esto llaman, sin duda, no leer. *Ars longa, vita brevis,* y no me quedaría tiempo para conversar con los grandes, con los de siempre, si me pusiese a escuchar a todos esos que, porque no tengo tiempo de oírles, me acusan ya de sordo. Leo mejor que nunca si es que no más que nunca.

Y como remate, esta tremenda aseveración:

> Me voy haciendo incapaz de sonrisa y eso que cada vez me siento más solitario. Sólo la risa plañidera, un doloroso *ricanement,* templa mis nervios. Sigo a la busca de un alma, de la mía, que se me escapa, y no vislumbro los caminos de mi emancipación. Y menos mal mientras siga siendo mi conciencia un campo de guerra civil.
>
> Le saluda con toda simpatía y se le ofrece amigo,
>
> *Miguel de Unamuno.*

(Carta autógrafa fechada en Salamanca, 2-VI-1917.)

1918. Una información de Unamuno sobre los orígenes del nacionalismo vasco.

Más de un año transcurrió hasta que Alfonso Reyes vuelve a escribir a don Miguel, pidiéndole información sobre un problema que debía interesarle en aquel entonces. Pero, por lo que de ella se desprende, debieron de encontrarse ambos amigos en Madrid, y ello debió de ser en la Residencia de Estudiantes, sobre la vieja colina del final de la Castellana, a la que la fina pluma del mejicano dedicó unas bellas páginas.

Mi admirado y querido amigo: ¿Querría usted indicarme los libros esenciales en que puedo estudiar los orígenes, y desarrollo hasta el día, del nacionalismo vasco?

Perdone la importunidad.

Gratísimo recuerdo de nuestra charla y sus bellas lecturas en la Residencia de Estudiantes.

Muy suyo,

Alfonso Reyes.

(Carta autógrafa. Madrid, 26-X-1918.)

A lo que contestó Unamuno en estos términos brindándole una información del mayor interés, como se verá:

No he contestado antes a usted, mi querido amigo, porque se me arremolinan sobre la cabeza las ondas de los sucesos, vivo en perpetua expectativa y tengo un montón de correspondencia por despachar. Y vamos al caso.

No es fácil contestar a su pregunta. Apenas hay *libros esenciales* en que estudiar los orígenes y el desarrollo hasta el día del nacionalismo vasco. Su estudio habría que hacerlo más bien en semanarios, diarios, folletos, hojas sueltas, etc. Todo lo anterior a Sabino de Arana y Goyri es hoy anticuado. Entre ello las obras indeglutibles de don Fidel de Sagarmínaga, de Novia Salcedo. Hay que empezar, pues, creo, por las de Arana (Arana eta Goiritarr Sabin, que firmaba él) y sobre todo *Bizkaia por su independencia.* Pero lo mejor es procurarse la colección de los semanarios: *Bizkaitaur* y *Aberri* (escrito *Abéri).* Utilísimo, mejor, imprescindible el *Ami vasco,* catecismo del bizkaitarrismo. *(Ami* es una palabra fantástica, forjada por Sabino, que equivale a "alfa y omega", ya que hizo un alfabeto vasco!!!, que empieza por la *a* y acaba por la *mi).* No sé si estará a la venta algo de Angel Zabala (Zabala-tar Aingeru), lugarteniente que fué de Sabino. Busque también algo de Arturo Campión; Tomás Otaegui acaba de publicar un *Derecho foral-Bizkaya* de gran utilidad. Pero lo más de la doctrina (?) nacionalista vasca está desparramado en folletos, hojas sueltas, semanarios, diarios, etc., o en obras de otra clase, literarias, v. gr.: Entre éstas, las de Campión en primer lugar. Lo que no conozco es una historia de ese movimiento. La que A. Rovira i Virgili traza en el volumen III de su *Historia dels moviments nacionalistes* debe usted verla, si puede, pero es demasiado sucinta y no muy fiel.

De lo que sí podría darle copiosísima bibliografía es de lo anterior a Sabino de Arana—a quien conocí y traté bastante—, pero creo que entre esto y aquello hay un abismo. Ni debe olvidarse que Sabino, discípulo de los jesuítas, estudió lo más de su carrera de abogado en Barcelona, donde se catalanizó no poco. Busque usted ahí a Juan Allende-

Salazar, que es una bibliografía parlante y él le informará. Es acaso quien más sabe de todo esto. Si usted quiere yo le escribiré, pero como él va mucho por el Ateneo es fácil abordarle.

Cuando yo vuelva por ésa hablaremos y de palabra podré darle muchos informes que no encontrará en escritos, ya que yo he estado implicado en ese movimiento, y, aunque antinacionalista—soy, como vasco, un ulsteriano o unionista—, he influído en el nacionalismo, en cuyas filas se me respeta y aun algo más. Lo más de su bagaje ideológico se lo di yo a Sabino, y mi conferencia sobre la agonía del vascuence fué capital. Y baste de mí.

Ya sabe cuán su amigo es,

Miguel de Unamuno.

(Carta autógrafa. Salamanca, 1-XI-1918.)

A vuelta de correo contestaba Alfonso Reyes con estas líneas:

Mi respetado y querido amigo: Agradecidísimo por sus preciosos informes. En espera de tratarlo con usted de viva voz cuando tenga el gusto de verle.

Muy suyo,

Alfonso Reyes.

(Tarjeta autógrafa. Madrid, 2-XI-1918.)

1920. Visita de Alfonso Reyes a Salamanca.

En la primavera de este año Reyes hizo una visita a Salamanca, a la que él mismo ha aludido en sus escritos públicos, pero de la que no teníamos otras referencias. No he podido concretar la fecha ni determinar con precisión quiénes le acompañaron en este viaje. El habla de su compatriota Valle-Arizpe, pero a juzgar por lo que le escribió a Unamuno, unas semanas más tarde, parece ser que le acompañaron también el dominicano Henríquez Ureña y el peruano Riva Agüero.

Tres años después de esta visita la evocó en un artículo publicado en Méjico. A él pertenecen estos párrafos:

"Vive don Miguel de Unamuno—¿quién no lo sabe?—en Salamanca. Toda visita a Salamanca acaba en una tarde de conversación con el viejo maestro. Nos habla de los últimos libros; pero se ahoga, no cabe en el cuarto cerrado, y entonces nos lleva de paseo por las afueras, a orillas del Tormes. Nos recita sus versos. Relampaguea, truena y lanza rayos hablando de los males y las esperanzas de la patria. Se acuerda de América, y se estremece. Se acuerda de Portugal... Parece que está alerta al grito de todos los pueblos. Parece, alguna vez, que aplica su oreja sobre nuestro corazón, como un médico. Es inútil disimular. Estamos delante de un hombre. Un hombre: ángel y demonio, rebeldía santa y santa humildad; guerra civil en la conciencia; acometividad y sed de concordia al mismo tiempo; y, sobre todo, sentimiento trágico de la vida" (2).

Esta viva imagen proyectada en el recuerdo se completa con algunos datos contenidos en la correspondencia que ambos amigos

(2) "Unamuno, dibujante", fechado en 1923.

cruzaron por entonces, y se ilustra con ciertas fotografías incorporadas a ella.

Después de visitar a Unamuno en Salamanca, los expedicionarios siguieron viaje por tierras de Extremadura, para el que les proveyó, posiblemente, de informaciones y consejos, y, con seguridad, de alguna carta de presentación. Dos tarjetas de Alfonso Reyes, una desde Cáceres y otra desde Guadalupe, nos dan cuenta de aquella visita de cuatro americanos a la cuna de los conquistadores.

La primera, fechada el 3 de mayo de 1920, dice así:

> Tuvimos que renunciar al viaje a Yuste. De Plasencia (donde, en ausencia de Sogueiro, Revilla nos recibió admirablemente, gracias a usted) hemos venido a Cáceres. Hoy hicimos una expedición a Mérida, y mañana seguimos hacia Trujillo. Lo recordamos a usted mucho,
>
> *Alfonso Reyes.*

Angel Revilla Marcos, citado por su primer apellido en este escrito, había sido alumno de Unamuno en Salamanca, quien le prologó un libro dedicado al poeta Gabriel y Galán, y debía de ser entonces catedrático en el Instituto placentino. A Sogueiro no he logrado identificarle.

La otra tarjeta, fechada dos días después en el Monasterio de Guadalupe, es más escueta:

> Muchos saludos, gratos recuerdos,
>
> *Alfonso Reyes.*

Pocos días después, de regreso ya en Madrid, Reyes, que ha asumido la tarea de cronista del viaje, le escribe a Unamuno.

> Querido amigo y maestro: Con gratísimos recuerdos de nuestra excursión por Extremadura (ya recibirá usted fotos), heme aquí de vuelta a Madrid y al trabajo. Absurdo lo de México, y por segunda vez me tocará padecer las consecuencias. ¡Pobre tierra mía! No hablemos.
>
> Adjunto a usted las pruebas de los dos artículos suyos sobre Nervo, para que los corrija y rehaga como le plazca. Si pueden formar un todo, bien. Y si no, póngales usted I y II. Irán como prólogo del nuevo tomo de Nervo.
>
> Ruiz Castillo está muy agradecido. Pronto recibirá usted los tomos que van publicados.
>
> Conque espero las pruebas, y soy siempre su devoto amigo agradecido,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> (Carta autógrafa. Madrid, 13-V-1920.)

Los dos artículos de don Miguel sobre el poeta mejicano Amado Nervo se habían publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1909 y en 1919. El primero de ellos, titulado "Amado Nervo en voz baja",

está dedicado al volumen de versos que tituló *En voz baja;* y el segundo es un escrito necrológico, "A la memoria de Nervo". De ellos debieron hablar Reyes y su autor en los días de Salamanca, y hoy son el prólogo del tomo VII de sus obras completas, el titulado *Los jardines interiores. En voz baja,* que, al cuidado de Reyes, publicaba la Biblioteca Nueva, que Ruiz Castillo dirigía, en Madrid. De las dos soluciones que aquél le propuso, don Miguel eligió la segunda, y a ello se refiere en esta carta:

> Allá va eso, mi querido amigo. Ni tengo ahora modo de rehacerlo ni creo que haga falta. Me he limitado, pues, a numerar I y II los dos escritos embozándolos con cuatro líneas.
>
> Sí, lo de Méjico es absurdo. Pero el mejor día nos llega rectificación. Apenas sabemos, creo, lo que por allí pasa.
>
> Recibiré con gusto esas fotografías de su excursión extremeña.
>
> A Valle-Arizpe, a Riva Agüero y a Henríquez, si siguen ahí, mi más afectuoso saludo.
>
> Esto no es una carta. Otra vez será.
>
> Muy de veras suyo,
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> (Carta autógrafa. Salamanca, 15-V-1920.)

A la que Reyes contestó con ésta, sobre el mismo asunto:

> Maestro y amigo querido: He querido que viera usted otras pruebas: ¡nunca está demás! Ruego a usted que me las devuelva corregidas a la mayor brevedad. Ya le envían a usted los tomos publicados de Nervo.
>
> Mal lo de México: me parece que se asienta la revolución; temo, en consecuencia, el desquite de mañana. ¡Ay el rencor!, ¡el rencor! ¿Se acuerda usted de lo que le dije, casi en confidencia, por aquellas inolvidables calles de Salamanca?
>
> Henríquez, Riva Agüero, Valle-Arizpe, le saludan conmigo y—vagamente—proyectan (proyectamos) nuevas excursiones para el otoño.
>
> Muy suyo,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> Pronto recibirá usted un libro mío: artículos del periódico.
> (Carta autógrafa. Madrid, 20-V-1920.)

Al fin llegaron las fotografías prometidas. No he logrado ver las de la excursión a Extremadura, pero hay dos de Unamuno, que hizo el propio Reyes, de un gran interés iconográfico. En ambas, aparece en pie, una vez a orillas del Tormes y la otra frente a su casa de la calle de Bordadores, 4, en la que murió. Viste su clásico traje azul marino con chaleco cerrado y cuello bajo, que rebosa de éste, y se cubre con un sombrero flexible, negro, de copa puntiaguda, con el ala bajada por delante.

Utilizando una de estas fotografías, de tamaño postal—y no será la primera vez que lo haga—Reyes puso estas líneas:

"Madrid, junio 23, 1920. Con un saludo de *Alfonso Reyes.* Salamanca, 1920."

No se refiere don Miguel en su contestación a esta documentación gráfica, pero al acusar recibo de los volúmenes de las obras de Nervo, plantea un tema muy curioso en relación con la poetisa mejicana sor Juana Inés de la Cruz, y sobre el que su corresponsal llamó la atención oportunamente. Demos primero el texto de la carta:

> He recibido, mi querido amigo, los ocho tomos de las obras de Nervo y he leído ya—releído lo más—la mitad de ellos tomando notas, que han de serme muy útiles.
>
> No conocía su Juana de Asbaje (se me figura, no sé por qué, que debe de ser Asuaje) ni a ésta casi. Ha sido para mí un descubrimiento. Quiero glosar aquello de:
>
> *Si es para vivir tan poco,*
> *¿de qué sirve saber tanto?*
>
> Quiso decir:
>
> *Si es para saber tan poco,*
> *¿de qué sirve vivir tanto?*
>
> Cfr. lo que dice Nervo—y es de lo mejor suyo—sobre que el hombre no va tras de la dicha, sino tras de lo nuevo. Y más en baja prosa que Nervo me va a dar ahora materia para artículos de esos que *tengo que hacer.* Y los haré a la vez por libertad, por querer hacerlos. Esto es hacer de la necesidad albedrío.
>
> Otra cosa. Que el editor envíe esos ocho tomos, con nota que es de mi parte, a Mario Puccini, en Gavirata (Lago di Varese), Lombardía. Hablará de ellos en revistas italianas. Y yo también.
>
> Mi saludo a Valle-Arizpe.
>
> Un abrazo de,
>
> *Miguel de Unamuno.*
>
> (Tarjeta postal autógrafa. Salamanca, 7-VII-1920.)

La lectura y descubrimiento de sor Juana, que don Miguel confiesa en esta carta, fué seguida, pocas semanas más tarde, de la redacción de uno de sus habituales "Comentarios" en el semanario madrileño *Nuevo Mundo,* que se tituló "Sor Juana Inés, hija de Eva" (20-VIII-1920). Para él adoptó como lema inicial, y glosó ampliamente en el texto, los dos versos que cita a Alfonso Reyes, y los dos que preceden del romance de la monja mejicana, de donde los toma. Y después de este pasaje los dos tercetos del soneto que aquélla dedicó "a la sombra de mi bien esquivo", merecen un amplio comentario de su lector, que acertó a ver en sor Juana un amor intelectual, de rango spinoziano, según su propia expresión. Como remate, el texto de Nervo, apenas aludido en su carta, y que procede del escrito que tituló "¿Por qué va uno a París?". "Pero eso, ¡oh espiritual Amado!, que la verdadera dicha es la nove-

dad—apostilla don Miguel—; es el aprender, sobre todo, la ciencia del bien y del mal. Y si es vanidad de vanidades... ¡que lo sea!". Y aquí el retrueque de los dos versos de la monja, cuyas primicias están en su carta a Reyes.

Fué publicado este escrito unamuniano en la *Revista de Revistas*, de Méjico, poco después, pero lo que me interesa recordar ahora es el comentario de aquél al tema que don Miguel plantea:

> "El solo enunciado del tema—escribió—está preñado de sugestiones. Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en el Liceo, aquel delicioso autor de los *Caracteres* que fué también, como su maestro, un escritor enciclopédico, vivió cien años, y se quejaba del poco tiempo que la suerte le había concedido para desarrollar sus estudios, y de lo mucho que, en cambio, la naturaleza concedía a ciertos animales, a los que ninguna falta les hacía una vida larga. Góngora, por su parte, se lamentaba de tener que morir cuando apenas comenzaba a ver claro en sus investigaciones poéticas. En estos dos ejemplos—y podrían multiplicarse fácilmente—la idea es la misma de Sor Juana. Pero la cuestión que Unamuno plantea es muy otra, y es, en verdad, más trágica" (3).

Aquel verano de 1920 Alfonso Reyes visitó el país vasco, y desde Durango, con una tarjeta postal que reproduce la Fuente de Pinondo, le envía a Unamuno este saludo:

> En la calle del Matadero, en una tornería, me he encontrado el nombre de usted, y lo recuerdo con el respetuoso afecto de siempre,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> (Tarjeta autógrafa. Durango, 5-VIII-1920.

El prometido envío de un nuevo libro suyo a don Miguel—*El plano oblicuo*, Cuentos y diálogos, Madrid, 1920—no debió de realizarse hasta un poco después. Lleva esta dedicatoria:

> "Alfonso Reyes a su querido maestro Miguel de Unamuno, con un abrazo."

Ya que su destinatario no le acusó recibo hasta muy entrado el mes de octubre. Y al hacerlo surge en esta correspondencia otro tema de no menos interés: el de Unamuno, dibujante, muy gustado por Reyes, que ha sido uno de los pocos que lo han aireado.

> Acabo de recibir, mi querido amigo—le dice—*El plano oblicuo*, que leeré con el interés de todo lo suyo. Veo cómo aparece en él Chamisso—a quien aprecio mucho—y el doctor Teufelsdröck, mi antiguo amigo.
>
> En tanto, al ver en la portada del libro un enlace de A. R. se me ha

(3) "Recuerdos de Unamuno. I.", fechado en 1945.

ocurrido ofrecerle el que va adjunto, cuya construcción arquitectónica se explica antes. La cocotología me prepara a estos trabajos.

A ver si le veo pronto. He perpetrado otra novela (4).

Sabe cuán su amigo es,

Miguel de Unamuno.

(Carta autógrafa. Salamanca, 21-X-1920.)

A este año corresponde también, sin duda, el envío de otro libro que Alfonso Reyes le hace y en el que perdura el recuerdo de la excursión salmantina. Es el titulado *Retratos reales e imaginarios*, Lectura selecta, México, 1920, que llegó a manos de su destinatario con esta dedicatoria: "A Miguel de Unamuno—recuerdo de los días de Salamanca—, con la afectuosa admiración de su amigo, *Alfonso Reyes.* Madrid, V-1920."

"Unamuno, dibujante."

La tarjeta de Unamuno que acabamos de transcribir fué reproducida por Alfonso Reyes en un escrito suyo del otoño de 1923, que publicó en una revista mejicana y hoy ha incorporado a su libro *Grata compañía* (5). De cuantos han estudiado su figura y su obra, ha sido el escritor mejicano uno de los pocos que se han fijado en esta faceta del rector salmantino que un día habrá que considerar en toda su importancia. Por ahora nos limitaremos a los materiales y apreciaciones que esta correspondencia nos brinda.

El plano oblicuo, de Alfonso Reyes, lleva en su portada ese anagrama de sus iniciales que motivó el que Unamuno le ofreciese otro, de líneas geométricas, basado en una técnica muy semejante a la que él había empleado para ilustrar su *Tratado de cocotología*, publicado, como es sabido, en el mismo volumen que su novela *Amor y pedagogía*, aparecida en 1902. Libros posteriores del crítico mejicano llevan también este anagrama, que no es ya el de su libro antes citado, pero tampoco, aunque se le parece, el que don Miguel le brindara.

Y como sobre el tema de los dibujos unamunianos hay más noticias en estas cartas, sigamos el orden cronológico en que se enlazaron. El eslabón siguiente es dos años posterior y remonta a 1922. El 29 de enero de ese año, escribe Reyes desde Serrano, 56, donde ahora vive en Madrid. Dice así:

---

(4) Se refiere a *La tía Tula*, cuyo prólogo está firmado así: "En Salamanca, en el día de los Desposorios de Nuestra Señora del año de gracia milésimo novecentésimo y vigésimo." En él alude al tema de un trabajo en preparación *Abisag, la sunamita*, que se cita en esta correspondencia, y acabó siendo uno de los capítulos de su libro *La agonía del Cristianismo.*

(5) Véase la nota 1.

Maestro muy querido: Recientemente abrió Maroto una exposición en Madrid (que me perdí de ver por achaques de salud) en que se anunciaban unos retratos hechos por usted, de su señora y de usted. ¿Cómo podría yo obtener una reproducción fotográfica de ellos? ¿Dónde están? ¿Puedo aún verlos en Madrid? Ya sabe usted que conservo su cabeza de Nervo, y quisiera seguir aumentando mi documentación sobre "Unamuno, dibujante".

Otro asunto: ¿quiere usted mandarme, a vuelta de correo, algo inédito para *Social*, de la Habana? Yo le situaré a usted por giro postal 125 pesetas. Ya le envío a usted la revista para que vea usted lo que es. Trato de que España esté en ella dignamente representada. No me niegue usted lo que le pido.

Lo admira y quiere bien,

Alfonso Reyes.

(Tarjetón autógrafo. Madrid, 29-I-1922.)

A vuelta de correo contestó Unamuno a las preguntas que sobre sus dibujos se le hacían, refiriéndose a esa colaboración que se le pide, y dando noticias de su actividad literaria, parte de ella dramática. Y lo hace en estos términos:

No adivino, mi querido amigo, qué retrato de mi mujer hecho por mí es ese que anunciaba Maroto. Debe de ser uno de mi hija menor—y que, por cierto, me salió muy bien—que me pidió y se lo regalé. Y si usted le pide de mi parte—mostrándole si quiere esta carta—una reproducción fotográfica no se la negará. Como mi situación ha cambiado desde que fuí elegido vicerrector por el cargo—el de rector sigue vacante y lo ocuparé probablemente yo—puedo moverme libremente y pienso ir a ésa. Llevaré los dibujos que guardo, le daré alguno de ellos y de los otros podrá sacar reproducciones si le place.

Por lo que hace al escrito para *Social* tanto como "a vuelta de correo", es decir, hoy mismo, no puedo mandárselo. Tengo que hacerlo y lo haré mañana mismo, pues tengo materia, el imperialismo, que espero poder adornar debidamente.

Trabajo bastante, pero lo más cosa de batalla casi cotidiana. Deseo algún reposo para avanzar en un libro: *Abisag, la sunamita*. Y tengo que ir a ésa a activar el estreno de mi *Soledad*, en el Español. Y tengo acabado otro drama: *Raquel*.

Mañana, como le digo, espero enviarle el trabajo. Y pronto nos veremos.

Muy su amigo,

Miguel de Unamuno.

(Carta autógrafa. Salamanca, 31-I-1922.)

Cumplió don Miguel lo ofrecido, según se deduce de la carta en que Reyes le acusa recibo de su colaboración para la revista cubana, y sigue hablándose de los dibujos. Utiliza ahora para escribirle una fotografía del propio don Miguel, la que él le hizo en Salamanca, en 1920, en tamaño postal. Oigámosle:

Querido maestro: Mil gracias. Ya va su artículo rumbo a Cuba, y ya le envié a usted los cuartos.

Me entusiasman sus planes teatrales y espero ver pronto todo eso.

Puesto que usted ha de venir, reservo para entonces el ver los dibujos que tiene Maroto. Espero los dibujos que me ofrece, y tomar fotos de los otros.

¿Necesito decirle el gusto que me da saberlo otra vez a la cabeza de esa Universidad?

Esta foto la tomé yo en aquel viaje.

Suyo,

Alfonso Reyes.

(Tarjeta postal autógrafa. Madrid, 7-II-1922.)

Como el tema de los dibujos persiste, atendamos ahora a otros extremos de estas cartas.

No he podido localizar la revista *Social*, de la Habana, e ignoro qué colaboración de Unamuno fué la solicitada por Reyes y allí publicada. Y en cuanto al teatro, como hoy sabemos, el estreno del drama *Soledad*, que ya iba a serlo en el Teatro Español, de Madrid, tuvo lugar en el Teatro María Guerrero, en noviembre de 1935, y *Raquel* lo fué, en el Tívoli, de Barcelona, por la compañía argentina Rivero-De Rosas, en septiembre de 1926, hallándose Unamuno fuera de España. Ya de regreso a ella, creo que en 1933, se dió una lectura de esta última obra en el Lyceum Club, de Madrid. Entonces alteró su título el autor, dándole el de *Raquel, encadenada* (6).

Unas semanas después de la carta precedente es Unamuno quien se dirige a Alfonso Reyes para invitarle a dar una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de su Universidad, de la que entonces era Decano, y reaparece el tema de sus dibujos. He aquí el texto:

Mi muy querido amigo: A nuestra pobre Facultad de Letras le ha concedido el Estado la suma de 2.500 pesetas para conferencias, y mis compañeros de ella creen que deben darlas o franceses, o portugueses, o hispanoamericanos. Y como a éstos no podemos traerlos de allá hay que recurrir a los residentes en ésa. ¿Querría usted venir? ¿Vendría Icaza? Sabe usted de algún otro—mejicano, cubano, colombiano, chileno, argentino, etc., etc.—que pudiera hacer buen papel y del que usted me dé confidencialmente, ¡claro!, informes? Porque luego yo le escribiría. Hágame, pues, tal favor.

Le pagaríamos el viaje, la estancia, que calculamos podría llegar hasta diez días, y cada conferencia. Los conferenciantes pueden ser hasta dos.

Me pidió Bagaría unos dibujos y le dije que no los tenía ya, pues los que tenía se los presté a usted. Si se los pide déjele que los escoja. Excepto uno de una sobrinita mía tomando chocolate, pues éste quiero reservarlo para la interesada.

Y siento no poder extenderme más.

Muy su amigo,

Miguel de Unamuno.

(Carta autógrafa en papel timbrado de rector. Salamanca, 16-III-1922.)

La contestación de Alfonso Reyes no se hizo esperar, aceptando personalmente y suministrando una baraja de nombres de posibles

(6) Véase lo que indicó en el prólogo y el texto de ambos dramas en *Miguel de Unamuno. Teatro.* Editorial Juventud, 1954. Barcelona.

conferenciantes. El tema que se compromete a desarrollar es otro anticipo de uno de sus libros más famosos, *Visión de Anahuac* (7). Pero el proyecto unamuniano no se realizó en su integridad. Precisamente, por entonces, estudiaba yo con él mi último año de Facultad, y recuerdo que el cursillo planeado por ésta, en cuya organización fué tan decisiva la intervención de Unamuno, no se cumplió en su integridad. Posiblemente, lo avanzado del curso y la pluralidad de conferencias que hubo en aquellos meses en la ciudad, impusieron a sus organizadores un aplazamiento para el próximo, que ya no tuvo efectividad. La primera serie, de tres conferencias, le fué encomendada al hispanista Marcel Bataillon, que por entonces investigaba en la Biblioteca y en los archivos universitarios. Hizo su presentación el propio don Miguel, y los temas que abordó, relacionados con sus investigaciones salmanticenses, fueron éstos: "Los libros de humanidades en la España de Carlos V", "La significación del erasmismo en España", y "El erasmismo y la Inquisición española". Tuvieron lugar el 25, 27 y 29 de abril de 1922, y en la presentación de la primera dijo Unamuno que para este curso se contaba con la conformidad de Alfonso Reyes y de Francisco A. de Icaza.

El segundo conferenciante fué el profesor alemán W. Meyer-Lübke, que a la sazón se hallaba en España, donde había dado un curso en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, y disertó los días 3 y 4 de mayo, siendo igualmente presentado por don Miguel, acerca de "Los cambios de significación de las palabras" y "Los nombres de lugar". Al final de esta segunda disertación, aquél, que presidía el acto, hizo unas glosas sobre lo dicho por el conferenciante apuntando cómo se iniciaban entonces los estudios sobre Toponimia hispánica. Y el tercero y último conferenciante, que ocupó la tribuna universitaria el 5 de mayo, fué M. Raymond Thamin, rector de la Universidad de Burdeos, que habló sobre un tema de su especialidad referente a la educación de las masas, problema que apasionaba en Francia después de la guerra del 14.

Faltó, por lo que hemos visto, pero no, con seguridad, por culpa de ellos, la colaboración de los portugueses e hispanoamericanos, y sigo creyendo válidas las razones que antes aduje. Para don Miguel aquella primavera fué de gran actividad pública. Desde el rectorado, que ocupaba provisionalmente—y en el que, según le confiesa a Reyes, confía ser nombrado con carácter definitivo, lo que no fué

(7) Una primera redacción de esta obra había aparecido en San José de Costa Rica, en 1917. La definitiva vió la luz en Madrid, Biblioteca de la revista *Indice*, 1932.

así—inauguró un ciclo de conferencias que organizó la Asociación General de Estudiantes, durante la segunda quincena de marzo, lo mismo que hizo con el planeado, seguramente bajo sus auspicios, por la Facultad de Filosofía y Letras. En el orden de la política nacional, el 5 de abril tuvo lugar su comentada visita al rey, en la que le acompañó el conde de Romanones, y el 13 pronunciaba su no menos discutida conferencia del Ateneo de Madrid, a la que tituló "Un episodio histórico", y en la que daba cuenta de dicha entrevista, ante un público dividido y en parte hostil. Luego vinieron las vacaciones de Semana Santa, los actos del homenaje al poeta salmantino Gabriel y Galán, el día 22, y, por último, las conferencias cuya noticia ha motivado este inciso en nuestra crónica. Por estas fechas hubo también otros ciclos de ellas en la Facultad de Ciencias y en la de Derecho, y todo ello creo que contribuye a asentar mi hipótesis de por qué se impuso el aplazamiento para el curso próximo de la visita de los dos conferenciantes mejicanos—uno de ellos Alfonso Reyes—que el propio Unamuno anunció. Y, por último, el 10 de mayo, presidió un acto académico y un banquete, organizados por la ya citada Asociación General de Estudiantes, como final de su brillante ciclo. En el primero, leyeron poesías propias un poeta vallisoletano, Leopoldo Cortejoso, y otro salmantino, Luis Maldonado Bomati, sin que faltase la intervención unamuniana, que terminó con la lectura de un olvidado poema suyo, escrito "en el cuarto en que viví mi mocedad", que luego pasó a tener cobijo en su libro *Rimas de dentro*. E igualmente hubo de hablar en el banquete indicado.

Esta actividad universitaria de don Miguel parece responder a lo que le había escrito poco antes a Alfonso Reyes sobre la casi seguridad de que ocuparía el rectorado vacante de la Universidad. En realidad no lo estaba, pues aunque don Luis Maldonado, que era rector desde 1918, había renunciado a él, lo cierto es que en octubre de 1922, con ocasión de la visita de los Reyes a la Universidad, que celebraba el III Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús, actuó en dichos actos como tal, y sólo dejó de serlo en enero de 1923. En esas circunstancias, quien de hecho regía la Universidad como vicerrector era Unamuno, y eso explica las aseveraciones que le hace a Alfonso Reyes. Sin embargo, a mediados de mayo de 1922 circuló el rumor, del que llegó a hacerse eco la prensa local, de que sería designado rector un catedrático de Medicina. Lo que tampoco se confirmó, y sólo cuando cesó de serlo

don Luis Maldonado dejó también don Miguel el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras.

La respuesta de Alfonso Reyes vuelve a referirse a los dibujos unamunianos. Véamosla, para concretar más tarde.

> Querido don Miguel: Gracias por los dibujos, que le devolveré a usted cuando los tenga reproducidos. Di algunos a Bagaría, teniendo cuidado de conservar, como usted me lo indica, el de la sobrinita tomando chocolate.
>
> Con el mayor gusto acepto yo su invitación. Icaza también aceptaría. De los americanos que hay en España no sé qué decirle que usted no sepa ya. A Levillier ya lo conoce usted. Pedro-Emilio Coll, el venezolano, es capaz de hacer algo excelente, pero le ha dado por no escribir una línea, por no sé qué enfermedades espirituales que padece. Creo que Rufino Blanco-Fombona puede hacer, entre pasiones y truenos, una hermosa conferencia sobre Bolívar. El cubano José María Chacón es escritor muy discreto, de mucho sentido crítico. En estos momentos pasa por Madrid Díaz Rodríguez, pero no creo que dure mucho.
>
> Por mi parte, tengo un capítulo de un libro en preparación, de que publiqué (me refiero al capítulo) un fragmento en Costa Rica: *Visión de Anahuac*. Se trata de la primera impresión visual que tuvieron de México los conquistadores. ¿Le parece a usted oportuno? Esto casaría con lo que Icaza pudiera leer, pues sé que él tiene entre manos algo sobre la cultura en el virreinato de la Nueva España. Si esto no va bien dígamelo, pues hay otras cosas. Y muy de veras agradecido. Mi viaje y estancia serían por mi cuenta, y la conferencia queda harto pagada por el gusto y el honor de la invitación.
>
> Lo quiere y admira mucho,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> (Carta a máquina con membrete de la Legación de Méjico. Madrid, 22-III-1922.)

Parece ser que los dibujos de Unamuno llegaron a manos de Alfonso Reyes por envío directo de su autor. No puedo precisar cuáles lo formaron. Los que reprodujo en su libro *Grata compañía*, y de que me envió también copia fotográfica, pues están en su poder, son éstos: 1.° Amado Nervo, visto por Unamuno. 2.° Autorretrato de Unamuno. 3.° y 4.° Mi hijo Ramón. 5.° Mi sobrinita tomando chocolate. 6.° El señor Richet, según un recuerdo infantil. 7.° La actriz. 8.° Paisaje (Es una vista de Salamanca, de cuyo perfil urbano apenas si emergen las siluetas de sus torres, tomada desde el Norte.) 9.° El potro, con esta leyenda autógrafa: "¡A cuántos habría que someterlos al potro!", muy goyesca. 10. Reproducción de la tarjeta autógrafa de Unamuno, en que le brindaba a Reyes un modelo para su anagrama, al que iba unido otro con las iniciales del autor: M. U.

De la nómina de posibles conferenciantes hispanoamericanos que Reyes le da a don Miguel todos ellos fueron amigos suyos. De los tres venezolanos, a dos de ellos, Pedro-Emilio Coll y Manuel Díaz Rodríguez, les había dedicado sendas reseñas en la sección "De

literatura hispanoamericana", que Unamuno cuidó en los primeros años del siglo en la revista madrileña *La Lectura: Idolos rotos,* del segundo, en 1901, y *El castillo de Elsinor,* del primero, en 1902. Con el diplomático y escritor argentino Roberto Levillier, mantuvo relación y correspondencia, sobre todo con motivo de un posible viaje suyo a Buenos Aires, en 1922. Y del crítico mejicano Francisco A. de Icaza, y del escritor cubano Chacón y Calvo, hay cartas y libros dedicados en el Archivo Unamuno, de Salamanca.

Finalmente, corresponde a 1922 la aparición de un libro de Alfonso Reyes, el titulado *Simpatías y diferencias. Tercera serie,* impreso en Madrid a expensas de su autor, que en la cubierta hizo figurar su anagrama, como en *El plano oblicuo,* y que debió de enviar por entonces a Salamanca, con la siguiente dedicatoria:

"A don Miguel de Unamuno, con la admiración y el afecto de,

Alfonso Reyes.

1923. Ultimas cartas de este epistolario. La fundación de *Cuadernos Literarios.* Anticipos del libro de Unamuno, *Teresa.*

Es Alfonso Reyes quien inicia la comunicación epistolar en este año. Con una carta en la que solicita de Unamuno una nueva colaboración literaria. Dice así:

Maestro y amigo muy querido: *El Universal*—gran diario de México—desea un artículo de usted, a cien pesetas (que yo pagaré), para el número especial que dedicará, el 8 de septiembre, a la fiesta de la colonia española de México, la Covadonga. Espero que no me lo niegue usted, ¿verdad?

Y lo saludo con mucho afecto y creciente admiración,

Alfonso Reyes.

(Carta autógrafa, membrete de la Legación de México. Madrid, 20-VII-1923.)

Pero su amigo, muy preocupado, sin duda, con la marcha de la política nacional en estas fechas, no atendió el requerimiento. Reyes alude a ello en la carta siguiente, que nos ofrece una información muy curiosa sobre una empresa editorial nacida por aquellos días y que logró una gran aceptación en los medios intelectuales españoles: *Cuadernos Literarios.*

Mi querido y admirado don Miguel: No supe más de usted. Le escribí pidiéndole algo para un periódico mexicano. Se pasó la ocasión. ¿No recibió usted mi carta?

Ahora voy a otro asunto más agradable: Canedo, Moreno Villa y yo

vamos en breve a comenzar la publicación de unos *Cuadernos Literarios*, pequeños, con obras de contemporáneos y nuestras, así como clásicas selectísimas y no manoseadas. Queremos su consejo; pero también queremos—y lo más pronto posible—su colaboración. Desearíamos que, en la primera serie de seis cuadernos que preparamos, figurase usted con una novela, o lo que a usted le venga mejor. *Los cuadernos* se venderán, como precio mínimo, a una peseta; y tendrán, como mínimo, 64 páginas; tamaño del folleto: 10 × 15 cm. Nuestro objeto es ir cuanto antes al público —nosotros y algunos amigos—sin someternos a exigencias editoriales. Y necesitamos que personas como usted nos autoricen con su concurso. Lo hacemos con escasísimo dinero; pero estamos dispuestos a enviarle a usted, a vuelta de correo, lo que usted quiera que se le pague.

Gracias por la atención que nos dé. ¿Podremos tener su original por respuesta?

Muy suyo, cordial y devotamente,

Alfonso Reyes.

(Carta autógrafa en papel con membrete de la Legación de México. Madrid, 21-X-1923.)

El propósito de esta empresa editorial que Reyes destaca en su carta debe incorporarse a la declaración pública que figura en las páginas interiores de la cubierta desde sus primeros volúmenes—color amarillo caña con letras verdes—que casi llegaron a la treintena en 1929, cuando ya hacía varios años que Reyes no residía en Madrid. Eran éstos: "responder con la fidelidad posible a las corrientes espirituales, quizá un poco antagónicas, para vistas de cerca, que se van marcando en nuestros días", y "ser un reflejo de la vida literaria contemporánea sin reducirla al círculo intelectual de un grupo, de una tendencia o de un país". Y esa primera serie anunciada en esta carta contó con estos nombres: Pío Baroja, Ramón y Cajal, Darío de Regoyos, Menéndez Pidal, y dos de los animadores de la empresa: Alfonso Reyes y Moreno Villa. La colaboración de éste fué, además, gráfica, ya que la mayor parte de los retratos de los autores que abrían todos los volúmenes eran obra suya. Se encomendó la venta en exclusiva a *La Lectura*, y los segundos seis cuadernos fueron obra del tercer empresario, Díez-Canedo, de Gómez de Baquero, Gómez de la Serna, Gutiérrez Solana, Gerardo Diego y *Azorín*. En la tercera serie colaboraron D'Ors, Félix Urabayen, Elie Faure, Jarnés, Azaña y Bacarisse; y en la cuarta, Fernando Vela, Antonio Espina, Giménez Caballero, Francisco Ayala, Margarita Nelken y Max Aub.

El que no llegó a colaborar, e imagino que por hallarse entregado a otras tareas no sólo literarias, sino políticas, fué Unamuno. La carta en que se lo hace saber a su amigo—la más extensa de este epistolario—es la clave de su actitud y una información magnífica

de sus preocupaciones y de sus menesteres, como político y como escritor. He aquí su texto:

¿El original por respuesta? ¡Ay, mi buen amigo, eso sí que no puede ser! Y no puede ser porque no le tengo hecho; porque no tengo inédito y disponible, acabado, nada que encaje en esos *Cuadernos Literarios.* Tendría que hacerlo. ¿Cuándo lo haré? Vea; recibí su otra carta; pensé hacer algo para aquel periódico mejicano, pero se me fué el tiempo en dormir y soñar, en hacer artículos de batalla, en recomerme los hígados viendo lo que pasa... y ni siquiera le contesté, como era mi deber. Un solo refugio hacia el ideal he hallado en este año. He escrito unas rimas románticas de un supuesto poeta—algo como Stechetti—y las he enmarcado en una historia. Se llamará *Teresa.* Son cerca de (no se asuste usted) 2.500 versos. Y ahora espero si Ricardo Calvo me estrena, ¡al fin!, mi *Soledad.* Libros..., ¡me resulta tan improductivo! Mi *La tía Tula* y *Andanzas y visiones españolas* cayeron casi en el vacío y apenas si la segunda edición de *Paz en la guerra* empieza a ser notada. Lo cual me amarra al terrible *tener que* (¡tener que!) escribir diez o doce artículos al mes. Y ahora más, porque la estúpida censura ejercida por esos beocios uniformados y dementalizados por la ordenanza hace que de cada diez me tachen por entero tres o cuatro.

Estoy abatido al ver cómo se recibe esta dictadura estúpida y todo este régimen de cine de casino... Toda la tontería española está alzaprimada. Da pena leer ciertos diarios. No sé adónde vamos a parar. Pero a ver si logro fraguar algo para los *Cuadernos Literarios.* Me saldrá alguna bufonada trágica; alguna amarga representación de esta farsa que estamos sufriendo. Si me sale algo...

Planeadas tengo sólo cosas de teatro, pero se me ha metido en la cabeza que sean representadas antes que impresas. Seis obras dramáticas llevo producidas y apenas si he logrado que las pueda juzgar el público de teatro. Otras dos las reduje a novela. Y tengo dos más en el telar. Y ahora me dicen que Vidal y Planas va a escenificar, sin mi permiso, mi *Nada menos que todo un hombre.* Acaso arreglada a la escena por él logre acceso al teatro y por mí no, pero yo sé que lo haría mejor que él.

Para esas y otras muchas cosas—y no la menos importante charlar con ustedes—me convendría ir a ésa, pero mientras dure este beócico Directorio no pienso pedir permiso. Humilla recibir ni el más leve favor de la autoridad bajo este vergonzoso régimen.

¿Y mis dibujos? Porque hay entre ellos algunos que quiero conservar. Uno de una sobrina de mi mujer, que he de darle a su madre.

A Canedo y Moreno Villa, mis buenos amigos, sendos abrazos. Para usted, otro de

Miguel de Unamuno.

Y ahora aquí va la rima 97, la penúltima (son 98) de mi *Teresa.* Fúndase en lo que el P. M. fray José de Sigüenza cuenta de fray Bernardino de Aguilar, en el capítulo XXVII del libro IV de su *Historia de la Orden de San Jerónimo.*

Fray Bernardino de Aguilar, profeso
de la Murta jerónima,
al regazo del claustro pasó preso
de amor, cantando en paz su vida anónima.
Al margen del afán de Barcelona.
vivió fray Bernardino,
y el Espíritu Santo fué en persona
quien le trazó con música el camino.
Su breve vida en el coro del templo
fué recogido idilio;

ante los ojos del Señor ejemplo
de la oscura humildad que da su auxilio.
A punto de morir el manicordio
recorrió con las manos,
y del cántico eterno el tierno exordio
cantó mientras lloraban sus hermanos.
Quómodo cantábimus cánticum Dómini
in terra aliena...
Y así fray Bernardino de Aguilar
en su pecho estrujando dulce pena
pasó de este cantar a otro cantar.

*

Me fuiste en vida recatado claustro,
me aguardas en la huesa;
y ahora, hoja seca que arrebata el austro,
me estoy muriendo cantando: ¡Teresa!

(Carta autógrafa. Salamanca, 23-X-1923.)

Todo, hasta esa estrofa final de la rima de *Teresa*, creo que revelan el estado de ánimo de su autor, cuando escribe a Alfonso Reyes. Esta carta debió de ser leída entre los amigos de Unamuno en Madrid, y a vuelta de correo le contestaron los tres amigos, a quienes la dirigió al escribir a aquél. En estos términos:

Mi querido y admirado don Miguel: Su carta me ha conmovido, nos ha conmovido. No me cuesta ningún trabajo sentir como español. ¡Lo soy de veras!

Quedamos tentados; queremos ver pronto esa *Teresa*.

¿Sus dibujos? Salvo los que—por encargo de usted—entregué a Bagaría hace tiempo, todos los demás están aquí, sobre mi mesa. Hoy mismo haré el paquete, y los recibirá usted poco después de esta carta.

Ya indicamos antes que no ha sido así, puesto que Reyes los conserva. Y en cuanto a la empresa editorial, a la que don Miguel fué requerido, lo que sigue:

No podemos renunciar tan fácilmente al plan de contar con usted para uno de los primeros cuadernos. No nos importaría que nos diera usted algo ya publicado, entresacado de otro libro, o una pequeña colección de artículos que quiera usted ver juntos en edición provisional: una colección que podría terminar, por ejemplo, con el recién publicado sobre sus treinta años de magisterio. Es decir, una breve antología de sus artículos publicados del 1921 acá.

Quedamos esperándole. Retornan los saludos Canedo y Moreno Villa. Yo me prometo—esta vez, sí—su pronta respuesta afirmativa.

Lo admira y quiere, y lo recuerda siempre con gusto,

Alfonso Reyes.

Don Miguel, un apretón de esa mano,

J. Moreno Villa.

Querido don Miguel: Yo no le pido que sea mi jefe. Siempre he sido su soldado, civil. Cordiales afectos,

E. Díez-Canedo.

(Carta autógrafa. Madrid, 25-X-1923.

Comprendemos muy bien el interés de los firmantes de esta carta en contar con una colaboración unamuniana para sus *Cuadernos.* Si en prosa, ahí estaban los numerosísimos escritos de Unamuno en estos años, aun prescindiendo de los de tipo político, de más pasajera actualidad, aunque tengan hoy una perspectiva histórica. Sólo con los de carácter autobiográfico hubiera podido hacerse una extraordinaria, que se remataría con el que, muy agudamente, apunta Reyes. Se titulaba "El valor de la inteligencia. A los treinta y dos años", había aparecido en el diario madrileño *El Liberal,* el 3 de octubre de 1923, y era una autoconmemoración de aquel primero de octubre de 1891, en que inició su autor en esta Universidad de Salamanca sus tareas docentes. Y ¿por qué no verso? La pregunta podrá parecerle inoportuna al único superviviente de los cuatro que en esta última carta intervinieron, pero tal vez una selección, un anticipo del libro *Teresa,* hubiera sido más viable. La oferta de aquella rima que de él les hizo Unamuno parece confirmar esta pura hipótesis. No puedo olvidar que por entonces habían sido publicadas algunas de ellas en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo,* de Santander, por obra, según creo, de José María de Cossío. Aunque, como es bien sabido, es inútil hacer suposiciones sobre lo que debió ser y no ha sido.

1926-1932. Alfonso Reyes prosigue el envío de sus libros a Unamuno.

Uno de los escritores hispanoamericanos más ampliamente representados en la biblioteca de Unamuno es, sin duda, Alfonso Reyes. De Madrid trasladó su residencia a París, y años más tarde a Buenos Aires y a Río de Janeiro, y desde ambas ciudadas siguieron llegando a Salamanca sus nuevos libros, cuyas dedicatorias, autógrafas, pregonaban lo auténtico de su afecto por don Miguel, quien después de leerlos los guardó amorosamente entre los suyos.

El orden cronológico de la publicación de estas obras nos marca los hitos de esta corriente afectiva. Y a él nos atendremos.

Corresponden a los años de la estancia de Alfonso Reyes en París los siguientes: *Pausa,* poemas editados en París, en 1926, que ostenta estas líneas autógrafas:

"A don Miguel de Unamuno, con el constante recuerdo y la

admiración de su devoto amigo, *Alfonso Reyes.* París, julio, 1926."

Reloj de sol. Quinta serie de Simpatías y Diferencias. Madrid, 1926, precedido de esta dedicatoria: "A don Miguel de Unamuno, siempre con su recuerdo, *Alfonso Reyes.* París, agosto, 1926." En la página 126 anota el lector una llamada por Reyes "preciosa sentencia", y que es un refrán español que cita en su *Salutación al P. E. N. Club de Méjico,* reproducida en esta obra. Es éste: "Dios me dé contienda con quien me entienda", y responde muy bien a la situación de don Miguel en aquellos días del destierro. En este libro incluyó su autor su escrito "Unamuno, dibujante", y en él está también el titulado "La Residencia de Estudiantes", al que más atrás nos hemos referido.

En 1931, y ya desde Río de Janeiro, son tres los libros que don Miguel recibió de su lejano amigo, sólo uno de ellos editado en la capital carioca. El titulado *Cinco casi sonetos,* que forma parte de las Ediciones de "Poesía", lo compuso Manuel Altolaguirre, y su pie de imprenta en París. Es edición limitada y el ejemplar, el número 37, dice: "Ofrecido a don Miguel de Unamuno por *Alfonso Reyes,* 1931."

Discurso por Virgilio es un folleto editado por la revista *Contemporáneos,* de Méjico, que lleva esta dedicatoria: "A don Miguel de Unamuno, la devoción de su amigo lejano, *Alfonso Reyes.*"

Y *La Saeta,* con trazos de José Moreno Villa, impreso en Río de Janeiro, y que es una serie de estampas líricas en prosa sobre la Semana Santa sevillana, llegó a manos de su destinatario con estas líneas: "Para don Miguel de Unamuno, recuerdo de su firme amigo, *Alfonso Reyes.*"

A estos envíos brasileños hay que unir uno anterior y otros que les siguieron. Aquél lo constituye el titulado *El testimonio de Juan Peña,* ilustrado con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano, que apareció en Río de Janeiro en 1930, y tiene esta dedicatoria: "A don Miguel de Unamuno, maestro respetado y queridísimo, *Alfonso Reyes.*"

Los otros, que fueron los últimos de que hay constancia en la biblioteca unamuniana, son los que siguen:

Atenea política, Río de Janeiro, 1932, que ostenta la dedicatoria más extensa y expresiva, que es un mensaje en el recuerdo:

> Mi admirado y querido don Miguel: ¡Si estas palabras—llenas de cosas evidentes y elementales—merecieran, por la intención al menos, la aprobación de su noble espíritu!...
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> Laranjeiras, 397. Río Janeiro.

Horas de Burgos, Río de Janeiro, 1932 lleva, en cambio, esta otra, tan escueta: "A don Miguel de Unamuno, *Alfonso Reyes.*"

Tren de ondas (1924-1932), Río de Janeiro, 1932, colección de relatos en prosa, fué enviado al año siguiente con estas líneas autógrafas:

> Al querido y recordado maestro don Miguel de Unamuno,
>
> *Alfonso Reyes.*
>
> Río Janeiro, 1933.

Finalmente, y aunque no puedo fijar la fecha, pero debió de ser de los años en que Reyes vivía en Madrid, hay otro libro que él prologó entre los que conserva la biblioteca de don Miguel. Es el que lleva por título *Memorias de fray Servando Teresa de Mier,* Madrid, Editorial América. Biblioteca Ayacucho.

Estos libros de Alfonso Reyes, que constituyen sus últimos envíos a Unamuno, fueron no sólo una gran parte de su actividad sempiterna como escritor, sino eslabones de su viejo afecto por aquél. Que su destinatario los leyó, es indudable, aunque sus actividades públicas de estos últimos años de su vida le impidiesen escribir sobre ellos. El don Miguel de ahora siguió leyendo, como le escribió a Reyes en 1917, al recibir su primera carta, pero le faltó tiempo y regusto para escribir lo que no fuera su constante y atenazadora colaboración periódica, nutrida de los problemas que a su España se referían.

De la mayoría de estos libros se hicieron eco los escritores españoles amigos de Alfonso Reyes, que supieron ver en algunos los ecos de su prolongada y fecunda estancia en nuestro país. *Reloj de sol* es un compendio de anécdotas, recuerdos y críticas de la vida española y de algunos de sus escritores; *La Saeta,* poema en prosa de la Semana Santa sevillana, remonta a 1922; y *El Testimonio de Juan Peña,* recuerdo de juventud con tema mejicano, está firmado en Madrid, en 1923. Del *Discurso por Virgilio,* aportación hispánica al bimilenario del poeta—muy inadvertido en España, pese a que, como Reyes dijo, la voz de Virgilio parece siempre una voz de la patria—fué comentado ampliamente por Ramón María Tenreiro *(El Sol,* Madrid, 30-VIII-1931); y *Tren de ondas,* por Guillermo de Torre, que lo llamó "ensayos en simpatía" *(Lus,* Madrid, 27-V-1933). Y así perduró el nombre del autor ligado, con entero y legítimo derecho, a la coyuntura literaria española. Sólo añadiríamos los ecos que *Monterrey,* aquel correo literario que, desde Río de Janeiro, enviaba, en edición privada, a sus amigos, despertó en plumas espa-

ñolas como la de Díez-Canedo o, americanas, como la de Gabriela Mistral, para sólo referirnos a las crónicas que vieron la luz en la prensa madrileña.

En el apéndice de *Reloj de sol* figura una carta de su autor a dos amigos, Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en Méjico, encomendándoles la impar misión de ordenar su producción en el caso de que él faltase. Con este motivo nos brinda una clasificación de sus libros, la mayoría de los cuales han sido aludidos en esta correspondencia con Unamuno. Pero el Destino ha querido que sus dos legatarios hayan muerto, y, sin duda por ello, ha asumido la tarea el propio Reyes. Una primera muestra de ella acabo de leer, tomándola de la *Revista de la Universidad de México* (enero-febrero de 1955), en *Armas y Letras*, boletín de la de Nuevo León, a la que da por título "Historia documental de mis libros", que sólo se refiere a sus *Cuestiones estéticas*. Animándole a que la prosiga, tal vez le interese comprobar cómo los que él envió a don Migual de Unamuno, a Salamanca, aquí están, formando parte de su biblioteca y con las huellas de quien en vida los leyó, legándolos antes de morir a su Universidad. Ningún destino mejor o, por lo menos, más vivaz.

Salamanca, agosto 1955.

Manuel García Blanco.
Universidad de
SALAMANCA.